

impulsa, antes que nada, el deseo de no romper la costumbre. El republicano canta himnos monárquicos, remite telegramas de felicitación al soberano y acepta condecoraciones. No acabaría nunca si quisiese enumerar las infidelidades pequeñas y grandes que los hombres cometen cada día contra sus propias opiniones y que excusan diciendo que son "cosas de poca importancia." No pensaban de este modo los mártires cristianos que hubieran podido salvarse quemando unos granos de incienso sobre el altar imperial. ¡Un poco de incienso, "cosa de poca importancia!" exclama el hombre moderno, y lo ofrece cada día á dioses en quienes no cree.

A pesar de sus inconsecuencias, el protestantismo siguió siendo sano y grandemente educativo mientras fué sincero y tuvo latente su inevitable dualismo. Pero su duplicidad ha resultado desmoralizadora en cuanto ha brotado de él un nuevo protestantismo. Después de haber destruído fibra á fibra la doctrina que la iglesia católica había adaptado tan admirablemente á la psicología de la muchedumbre y que representaba los símbolos más profundos de las más hondas experiencias humanas, no sabe el protestantismo actual, aceptar las consecuencias de su obra.

En el hogar, en la escuela, en la universidad, en el cuartel y en las oficinas se enseña la misma dócil dependencia disfrazando con las hermosas palabras de *disciplina*, subordinación y espíritu de cuerpo, aquella esclavitud de las almas que obliga á justificar con el silencio todo abuso y á sufrir toda violencia. Sólo cuando todos "protestemos" de veras contra las imposiciones autoritarias de nuestro máximo patrimonio moral—la religión—

sabremos conquistar una opinión independiente en las cuestiones políticas y sociales, y como jefes y maestros, sabremos conceder á los escolares, á los estudiantes, á los soldados y á los empleados aquella libertad de palabra y de acción que es derecho común y sagrado de todos los hombres. Sólo se comprende cuán arraigado tenemos el espíritu de cobardía á cuya sombra se perpetran los grandes crímenes nacionales, cuando vemos—como sucedió á un jefe del ejército sueco—que se puede caer en desgracia por tomar parte en una fiesta civil conmemorando la Revolución Francesa ó ser severamente reprendidos por ocuparse en cuestiones sociales, como sucedió á los estudiantes de Upsala cuando se agitaron en favor de la libertad de las leyes amenazadas por los propietarios de los aserraderos de Norrfold. Hombres y mujeres de austera vida privada han consentido—sobre todo en nombre de la fe religiosa—cometer en las cosas públicas su conciencia, pensamiento y acción á la guía de un extraño.

El afán de procurarse una opinión propia en todo, y especialmente en materia religiosa, el valor de manifestarla y la abnegación de sacrificarse por ella, convierten al hombre en un fuerte elemento de civilización. Y mientras la escuela y la sociedad no cultiven conscientemente este afán, este valor y esta abnegación, el mundo seguirá siendo lo que es: palestra de vanidad, violencia y egoísmo, llámense como se llamen los elementos directores: radicales ó conservadores, aristócratas ó demócratas...

ELLEN KEY

Distinguida escritora sueca, que ha consagrado las fuerzas de su inteligencia á la obra del mejoramiento social.

Hágase al niño delicado para la elección de sus razones, que guste de la pertinencia y, por consiguiente, de la brevedad. Inclínesele sobre todo á rendirse á la verdad en cuanto la conciba, ora provenga de su adversario, ora brote en sí mismo por inspiración.—MONTAIGNE.